



1

Andrés Barba (Madrid, 1975), se dio a conocer en 2001 con la novela *La hermana de Katia* (finalista del Premio Herralde) excelentemente acogida por crítica y público, a la que siguieron *Ahora tocad música de baile*, *Versiones de Teresa* (Premio Torrente Ballester), *Las manos pequeñas* y *Agosto, octubre* y las nouvelles de *La recta intención*. Es también autor de *El libro de las caídas* en colaboración con el pintor Pablo Angulo. Su obra ha sido traducida a cinco idiomas.

Desde el subsuelo

'República luminosa', con la que Andrés Barba ha ganado el Premio Herralde, es una novela tan angustiante como iluminadora sobre los afectos en una ciudad de provincias

Por Ana Rodríguez Fischer (El País, 2017)

En *República luminosa* —35º Premio Herralde de Novela—, hallamos uno de los elementos nucleares del mundo narrativo de Andrés Barba: la indagación —acerada, agria e implacable— de los afectos, emociones y sentimientos que anidan en el seno de una familia y modulan las relaciones entre sus miembros. Ahora el autor avanza notablemente y proyecta el conflicto en una escala más amplia, en el tejido social de una ciudad de provincias, San Cristóbal, encajonada entre la selva y el río, “con sus familias tradicionales (...), sus enredos políticos y su languidez tropical”, donde se reproducen “los mismos mecanismos de perpetuación en el poder, los mismos circuitos de legitimación y amiguismo, las mismas dinámicas” que en otras ciudades pequeñas.

Allí llega, en abril de 1993, el narrador de este memorial, un joven funcionario de Asuntos Sociales, recién casado con Maia —profesora de violín de San Cristóbal y madre de una niña de nueve años-, al que le ofrecen el puesto por el éxito obtenido con un programa de integración de comunidades indígenas desarrollado recientemente en otra localidad. Veinte años después, rememora y analiza,

2019-2020

Tertulias literarias

tratando de hallarles una explicación, los sucesos desencadenados a raíz de la aparición de 32 niños “violentos”, de procedencia desconocida y cuya presencia altera por completo la vida de la ciudad.

En muy pocas páginas, con una intensidad y una depuración extremas, Barba construye el sugestivo escenario físico y el paisaje social, para enseguida comenzar la narración de los sucesos que se van encadenando y se suceden in crescendo hasta culminar en el feroz asalto a un supermercado, con víctimas mortales, al que sigue la desaparición de los “niños de la calle”, las batidas policiales en su busca, y la instalación de la violencia en San Cristóbal. A la valoración de los hechos por parte del propio narrador se añaden las de las autoridades y fuerzas vivas —alcalde o policías—, o periodistas y comunicólogos y otros expertos, cada uno expresándose desde sus personales parámetros y sea en forma de crónicas, entrevistas, actas policiales o tratados y ensayos. A ello se suman las páginas del diario de Teresa Ontaño, una niña de 12 años perteneciente a una familia de la clase media, que añade una perspectiva tan inquietante como certera. Y se incluye también la esporádica visión de los padres de algunos niños, no menos perturbadora por motivos que no puedo desvelar.

El narrador disecciona minuciosamente las imágenes de los hechos grabados en las cámaras o todo cuanto él ha ido observando y registrando directamente antes y después del ataque, e intenta entender el porqué de lo sucedido, la conducta de los niños, y también la reacción de los adultos y las pautas que rigen la moral social. Y sobre todo, asedia los resortes que impulsan cada una de ellas, con el miedo instalado en el eje de todas. De las relaciones entre el amor y el miedo, o entre el terror y el pensamiento, de la implacabilidad del dolor, de la estrategia de la seducción infantil, de la pérdida de confianza, de la pugna entre amenaza y seducción, de la suspensión de la credibilidad o de la triple alianza entre escándalo, revancha y piedad, o de cómo “la brutalidad de ciertas palabras puede aguardarnos durante años para reencontrarse con nosotros, tan intacta como cuando las pronunciamos”, trata esta novela tan angustiante como iluminadora, y de una extraña belleza en su epifanía final.

Fonte: https://elpais.com/cultura/2017/11/28/babelia/1511891778_310416.html

La domesticación y el capitalismo en la República luminosa de Andrés Barba Por Michelle Roche Rodríguez (Colofón Revista Literaria, 2018)

República luminosa es una extensa reflexión moral sobre la sociedad desde las convenciones que definen a la niñez, sin el exotismo de Rudyard Kipling ni el simbolismo de Joseph Conrad. Y, aunque proponen una crítica al capitalismo urbano, los 32 niños alrededor de quienes se teje la novela ganadora del Premio Herralde no salieron de *El libro de la selva* ni se parecen al delirante Kurt de *El corazón de las tinieblas* —que es un adulto, pero que también vive al margen de los demás—. Son un colectivo desafiante de los límites de la civilización, el cariz siniestro en el centro de lo familiar.

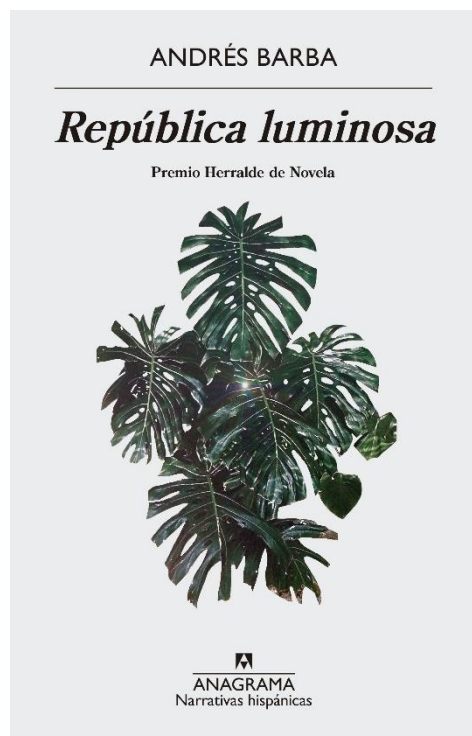
En el argumento de la obra de Andrés Barba, 32 niños y niñas se materializan en la ficticia ciudad rural de San Cristóbal, un valle atravesado por una selva y el río Eré. Durante año y medio, según el relato que construye dos décadas después de los hechos el narrador de la novela, su violencia inexplicable y la falta de información sobre su procedencia inquietan a los habitantes de San Cristóbal. Enfrentaban lo siniestro. “La gente estaba tan imbuida en aquella sensación de

2019-2020

Tertulias literarias

3

prosperidad que la aparición de los niños, aquellos otros niños, suponía una molestia evidente”, escribe en la obra galardonada el también autor de *La hermana de Katia* (2001): “El bienestar se pega a los pensamientos como una camisa húmeda, y solo cuando queremos hacer un movimiento inesperado descubrimos lo atrapados que estamos.”



Dice el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española que domesticar es “hacer tratable a alguien que no lo es, moderar la aspereza del carácter”. Allí mismo se encuentra el meollo de la propuesta de Barba. Sabemos que educar es, en gran medida, socializar. Pero aquí el autor se pregunta qué tipo de lazos establecemos, desde la infancia, con la comunidad donde nos criamos. Su lectura de *El principito* pone la luz cenital sobre la necesidad humana de pertenecer a un grupo. Donde los críticos tradicionales de Antoine de Saint-Exupéry han encontrado metáforas sobre la niñez y el aislamiento, el narrador de Barba halla algo censurable: “Tras un par de evasivas, el zorro contesta que [domesticar es] ‘crear lazos’. ‘¿Crear lazos?’, replica el Principito (...) y el zorro responde con una magnífica joya de la mala fe: ‘Claro, todavía no eres para mí más que un niño parecido a otros cien mil niños. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. Pero si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro’.”

A través del análisis de la naturaleza “sin domesticar” de esos 32 niños —“parecidos a otros cien mil niños”. A quienes no necesitábamos. Que no nos necesitaban. Y a los que, por supuesto, había que domesticar”—, el libro del autor madrileño apela a las teorías de Jean Jacques Rousseau, para quien los humanos en estado natural son bondadosos, hasta que la sociedad los pervierte. Pero Barba añade la preocupación porque en este tiempo, casi 300 años después de la muerte del autor ginebrino, “domesticar” implica también crear la necesidad de “poseer”.

El capitalismo se ha adherido tanto a las estructuras de nuestras comunidades que existir es tener. “Aquellos niños y niñas a los que ya comenzábamos a ver a diario apostados en las calles entre algunos semáforos o durmiendo en pequeños grupos (...) no eran herederos legítimos de nada. Y como no eran herederos legítimos tenían que robar”. En otras palabras, la única manera que tenían de existir en el mundo al que no pertenecían era como usurpadores. Como no tenían nada, nada podían ser.

Por eso, lo que define a la *República luminosa* —y explica el título de la novela— es la fascinación que siente el narrador cuando encuentra el lugar donde duermen estos niños siniestros, asociales, que no tenían nada, salvo sus propias costumbres y el idioma que habían construido. Debajo de la tierra, en el vientre oscuro de la civilización habían edificado una “extraña república minuciosa” que brillaba con luz particular, sin ningún destello de la superficie. “El placer estaba contenido en aquella estructura luminosa como la yema en el interior de un huevo”, escribe Barba. Lo que parece pasar desapercibido para el narrador, pero ojala que no para el lector, es ese huevo puede

2019-2020

interpretarse como un útero donde se estaba gestando una versión alternativa de la humanidad; una que la república de la superficie extinguió.

Fonte: <http://www.colofonrevistaliteraria.com/la-formas-domesticar-la-republica-luminosa-andres-barba/>

"La educación y la civilización son un proceso de devastación, de borrado"

Entrevista a Andrés Barba, Premio Herralde 2018 con "República luminosa"

Por Anna María Iglesia (Librújula)

Novelista, traductor y ensayista, estos son los tres términos que definen el recorrido profesional de Andrés Barba, Premio Herralde 2017 con *República Luminosa*. Tras *Las manos pequeñas* y *Agosto oscuro*, Barba vuelve a indagar en el mundo de la infancia, pero esta vez desde una perspectiva más inquietante. *República Luminosa* es la historia de 32 niños que viven al margen de la sociedad, a las afueras de la ciudad de San Cristóbal. Narrada retrospectivamente, la novela utiliza la forma del reportaje para indagar sobre cómo se construye el relato de un hecho histórico y para interrogarse sobre la relación de poder entre el supuesto mundo civilizado y la figura del otro.

La novela empieza con una cita de Paul Gauguin: "Soy dos cosas que no pueden ser ridículas. Un salvaje y un niño". ¿No tomamos demasiado en serio o, incluso, ridiculizamos al salvaje y al niño?

La frase llegó después de haber terminado al libro y pertenece al *Diario Salvaje* de Gauguin. Esta frase me pareció perfecta, porque pone de manifiesto la convicción de que tanto los salvajes como los niños son seres fuera de lo social y confirma que tenemos miedo tanto de los salvajes como de los niños. Esto es lo que explica el intento de civilizar y normalizar estas dos figuras para tratar de insertarlas dentro del orden de lo social. Las palabras de Gauguin me parecían interesantes en tanto que funcionaban como un diapasón que mide el ritmo de la novela.

Defines la infancia como una ficción. ¿La ficción es el relato que nos sirve para adoptar o comprender aquello queda fuera de los social, en este caso, la infancia?

Desde la ilustración, el proceso educativo es un proceso que busca básicamente que el niño deje de ser niño lo antes posible y se convierta en ciudadano. Desde que el niño tiene conciencia, tratamos de que deje de ser niño y, por tanto, tratamos borrar y eliminar todo aquello que hace del niño un niño y no un adulto. En este sentido, la educación y la civilización son un proceso de devastación, de borrado.

Los 32 niños de tu novela quedan fuera de la estructura social, sin embargo, tú defines su organización con el término de "república", es decir, recurriendo a una estructura de gobierno propia de nuestra civilización.

Una de las ideas básicas del libro y que nació, en parte, de leer los libros de Maeterlinck y también de leer a Conrad es la pregunta acerca de cómo se podría pensar el nacimiento natural de un nuevo modelo de civilización humana completamente distinta a la nuestra. Siempre hemos fantaseado con

Tertulias literarias

5

que la tierra sea civilizada de nuevo por una especie distinta a la humana; este ha sido uno de los temas recurrentes de la ciencia-ficción, que ha imaginado irrepetibles veces a la tierra tomada y controlada por otra especie, mientras los hombres tratan de defender su civilización. Sin embargo, ¿qué sucedería si nuestra propia genética hiciera intentos paralelos para generar modelos de civilización distinta a los que hemos generado hasta ahora? Siguiendo este interrogante, la República Luminosa se parece más a una utopía anarquista que a cualquier realidad fantástica. La sociedad de estos niños es una república anarquista y, sin duda, utópica en cuanto no hay jerarquía, el lenguaje es una creación lúdica, el trabajo parece, en gran parte, abolido...

Los 32 niños, al inicio, subsisten gracias a pequeños robos, pero pronto se convierten en una sociedad autónoma y paralela a la sociedad de la que se excluye.

Sí, la relación de los niños del contexto social varia a lo largo de la novela; al principio, efectivamente, los niños conforman una especie de comunidad oportunista que se beneficia de los bienes producidos por otra sociedad, pero, a un cierto punto, como bien dices, comienzas a configurarse como una sociedad perfectamente independiente, que se rige por leyes que desconocemos y que vive completamente al margen. Me parecía muy divertido o, por lo menos, interesante ver cómo se desarrollaba una sociedad desde su germen y así asistir, desde un lugar un poco esquinado y sin tener todos los datos, a la conformación de un sistema social que yo termino de definir como república.

¿La búsqueda de un lugar esquinado desde donde narrar es lo que te llevó a recurrir al género de la crónica como forma narrativa?



Sí, en gran parte. No hago nada nuevo, es decir, *República luminosa* es una novela muy clásica y son muchas las novelas que han trabajado a partir del género de la crónica. En mi caso, recurrir a la crónica me permitía indagar sobre cómo se construye una verdad en una sociedad a partir de un episodio traumático. Para ello, necesitaba no sólo utilizar la forma narrativa de la crónica, sino que la crónica fuera escrita mucho años después de los acontecimientos narrados para que el cronista, en este caso narrador y protagonista, pudiera integrar muchos discursos distintos sobre esos episodios, incluso, discursos y opiniones contradictorias sobre un mismo hecho. De esta manera, podía observar cómo la narración sobre un hecho colectivamente traumático se conforma consensuadamente, puesto que, en el fondo, la verdad es consenso histórico que se construye con discursos disímiles que, a veces integrados por un cronista y a veces naturalmente superpuestos, van creando una especie de monstruo informe.

La novela se estructura no sólo a partir de la dualidad realidad-ficción, sino también a partir de la dualidad bajo tierra-superficie. ¿Por qué situar la república luminosa de los niños bajo la superficie de la sociedad?

Tertulias literarias

Un libro que me fascina y que está en el corazón de esta novela es *La Peste*. La novela de Albert Camus comienza con una escena maravillosa: una rata sube a la superficie y vomita sangre. Esta imagen refleja, por un lado, aquello que sucede en el interior de la tierra, es decir, en el mundo de las ratas, y, por otro lado, en el interior mismo de las ratas, donde se encuentra el germen de la peste, que va a asolar la ciudad. Esta idea de Camus de lo que se produce arriba y de lo que se produce abajo y que estos dos mundos están interconectados por canales misteriosos y, sobre todo, canales mentales y espirituales, antes que físicos, me parecía fascinante para trabajar en mi novela. En *República luminosa* juego, por tanto, con la idea de los mundos transparentes, que estaba muy presente en Camus, donde también se planteaba la idea del destino y de la imposición de los dioses, que aleatoriamente imponen la muerte a una ciudad entera sin aparentemente ninguna explicación.

Esta estructura vertical tiene también que ver con el aspecto económico: la sociedad de la opulencia frente a la sociedad marginal de los niños.

Efectivamente y precisamente por esto me interesaba que la sociedad que se describe en la novela fuera una sociedad que había tenido un despertar económico. La aparición de esos niños pone de manifiesto las distintas capas sociales y económicas que componen la sociedad y, de hecho, me interesaba mucho que a lo largo de la novela aparecieran niños pertenecientes a distintas clases sociales: están los pobres, pero también está Teresa, que pertenece a una clase acomodada, pero de origen trabajador.

Tal y como narras en las primeras páginas, los 32 terminan siendo asesinados. Este hecho obliga a preguntarse acerca de la legitimidad de la violencia o, en otras palabras, ¿la violencia de Estado, aunque sea a modo de autodefensa, cómo se legitima?

Estas dos cuestiones muy importantes en *República luminosa*, que es una novela muy política y, en efecto, el tema de la violencia, que para mí era fundamental, tiene que ver con la pregunta acerca de cómo se legitima una acción violenta desde el punto de vista social, qué mecanismos interactúan para que comiencen a formarse capas de ficción para legitimar la violencia sobre alguien que debe ser protegido, en este caso los niños, y cómo la violencia se convierte ella misma en una ficción, siendo, al mismo tiempo, una toma de tierra: cuando ocurre un episodio violento, se suspenden todas las especulaciones. La violencia es la toma de tierra más salvaje posible, no admite especulación alguna. Volviendo a tu pregunta, me interesaba mucho indagar el aspecto político de la novela y preguntarme: quien ejerce la violencia, ¿cómo se legitima a sí mismo para ejercer la violencia, especialmente, cuando se ejerce sobre el más débil?

La pregunta sobre la legitimidad de la violencia es también la pregunta sobre la responsabilidad ante los hechos narrados.

Cualquier intento de exponer un episodio traumático social para buscar una respuesta final es absurdo. Lo que aquí se plantean son dilemas políticos y morales que no tienen una respuesta clara. En el fondo, la pregunta original y que precede a las demás es la que se hacía Stuart Mills: ¿Quién debe ser protegido? ¿A quién debemos proteger para seguir siendo humanos y civilizados? Esta es una pregunta que no tiene una respuesta clara, a veces, la respuesta es ambigua y, todavía peor, a veces para proteger aquello que nos hace humanos tenemos que darnos la vuelta y dispararnos a

Tertulias literarias

nosotros mismo. Esto es lo que hace que la civilización sea algo tan complejo y que los derechos del hombre no estén tan claros.

En el fondo, tu novela plantea cuestiones muy vinculadas a la narrativa de Conrad: el encuentro entre la “civilización” y el otro, el “salvaje”, al que el “civilizado” impone su orden y sus valores.

Efectivamente, en muchos de sus relatos, lo que hace Conrad es llevar a alguien “civilizado” a un contexto supuestamente incivilizado y convertirle en el salvaje civil, es decir, en aquel que trata de imponer por la violencia los supuestos principios de la democracia y la razón. Al final, el personaje de Conrad acaba desenmascarándose a sí mismo y desenmascarando las contradicciones de la supuesta civilización: aquellos valores que aquí nos parece razonable, extrapolados en otro contexto revelan su naturaleza violencia e irracional. Con Conrad, el lector percibe la aleatoriedad de los valores que hemos elegido como valores sociales y percibimos, consecuentemente, la intercambiabilidad de los valores.

Al final, estamos hablando del imperialismo de Occidente, de la voluntad de “occidentalizar” al otro.

La relación de la “civilización” con el otro, con el supuesto salvaje, es siempre una relación de verticalidad y de poder: el poderoso impone unos valores al débil.

Otros de los temas importantes de la novela es el de la paternidad.

Es uno de los temas centrales del libro, tanto desde el punto de vista figurado como desde el punto de vista real. Todas las relaciones son relaciones construidas y, por tanto, son relaciones de ficción, relaciones inventadas. Mientras la maternidad es un sentimiento natural o, por lo menos, hay una aproximación estrictamente natural al hecho de ser madre, la paternidad es un sentimiento inventado y es, además, un trasunto de lo que la sociedad nos hace a nosotros. En efecto, la sociedad inventa constantemente la relación con nosotros, según nuestras necesidades y según la evolución de nuestra situación. En este sentido, la paternidad engloba no solo la relación padre-hija, sino también la relación de la sociedad con quienes la habitan; en otras palabras, en la novela, la paternidad tiene que ver con aquello que les sucede a los padres con respecto a sus hijos, pero también con el papel que adopta la sociedad con respecto a la defensa tanto de los niños como de sí misma y de sus valores.

Asimismo, la novela aborda también el tema de la ausencia de un “padre”.



Tertulias literarias

Lo que sucede a los 32 niños es que no tienen un tutelaje, no tienen un adulto y, por tanto, no están sometidos a la autoridad de un adulto, que trate de convertirlos en ciudadanos lo antes posibles. Estos niños están abandonados a la fuerza de su propia infancia y esto es lo que da miedo. ¿En qué se convierte un niño abandonado a su propia suerte?

También habría que preguntarse en qué convertimos los adultos a los niños.

Hay un libro que a mí me fascina que es *La tentación de la inocencia*, donde Pascal Bruckner plantea cómo los adultos esperamos constantemente que los niños sostengan delante de nosotros la representación de que la infancia ha sido y es la edad de la felicidad. La imposición vertical que obliga a los niños a representar la felicidad y la alegría que supuestamente debe ser la infancia es una forma de eludir una enorme y considerable naturaleza de la infancia: el horror, la lucha, la violencia, el desamparo. Todos recordaremos estos sentimientos si nos detenemos a recordar con seriedad de la infancia, sin embargo, en esa proyección vertical que lleva a imponer a los niños representar una felicidad inexistente solo se explica por la necesidad del adulto de conservar la ilusión de que él también fue parte de ese paraíso llamado infancia.

La construcción del niño por parte del adulto hace todavía más difícil acercarse literariamente a la infancia sin impostura.

Hay muchos peligros a la hora de hacer hablar a los niños, porque hay muchos lugares comunes. Es muy difícil dar con verosimilitud la voz a los niños sin caer en la cursilería o en la impostación. Los autores que me interesan que acaban tratando temas vinculados a la infancia, siempre optan por una vía diagonal; en mi caso, es el narrador el que especula sobre aquello que piensan los niños, sobre la razón de su comportamiento y trata de recomponer un puzzle, si bien la mente de esos niños sigue siendo un misterio. En el mismo instante que tú pones un pie en el templo del niño, todo se vuelve falso; en el momento que tú adoptas la voz del niño y la imposta, la verosimilitud del texto se viene abajo. Por esto, para hablar de los niños es necesario hablar desde fuera, desde un lugar externo porque, de lo contrario, el mundo infantil se vuelve falso, inconsistente, absurdo.

Fonte: <http://www.librujula.com/entrevistas/2023-la-educacion-y-la-civilizacion-son-un-proceso-de-devastacion-de-borrado>

Andrés Barba: República luminosa

XXXV Premio Herralde de Novela

Con Josep Conrad en el trasfondo, el escritor madrileño nos ofrece una obra mayor, una novela "luminosa", en la que se entrecruzan numerosos asuntos que nos hacen replantearnos sobre todo la tópica consideración de la infancia.

Por Francisco Estévez (El Imparcial, 2018)

La curiosidad y el talento de Andrés Barba bucean con éxito por dispares temas alejándose sin temor de las aguas pantanosas en que se ha convertido la autoficción en España los últimos años. Valga como ejemplo el sugerente ensayo *La risa caníbal*, (2016) ya comentado en esta columna. El autor madrileño escribe a la contra de todos, por el camino solitario de la voz propia y nos presenta ahora

2019-2020

Tertulias literarias

una condensada y extraordinaria novela con argumento fácil de sintetizar pero jugosísima de interpretar: en la ciudad subtropical de San Cristóbal, enclavada en una provincia pobre, aparecen de la nada 32 niños callejeros y salvajes que en el colmo de su vandalismo asaltan el supermercado Dakota, con el resultado de varios muertos, tras lo cual se esconden en el verde misterio de la selva. La furia y el miedo de la ciudad buscan sin éxito su paradero. Hasta que una concatenación de errores posibilita un terrible desenlace.



El narrador será un joven funcionario quien entendía por aquellos días la vida como una “cadena de adversidades”, y junto a reflexiones propias intercala breves extractos comentados de diversos materiales sobre los hechos, como el ensayo La vigilancia, publicado en el primer aniversario de la muerte de los 32 niños, las actas de las reuniones del departamento de Asuntos Sociales, los distintos artículos académicos de profesores de la Universidad local, las columnas periodísticas de Víctor Cobán en el periódico de turno, llamado con buena simbología como el mismo que ampara esta columna, El Imparcial. En definitiva, las distintas caras de la versión más o menos oficial de la tragedia contrarrestadas por algunas bellas anécdotas personales que alcanzan valor comprensible avanzada la novela y, sobre todo, por el perspicaz diario de infancia de Teresa Otaño publicado once años después del trágico desenlace y única fuente documental redactada por otro niño, simbólicamente el 33. Diario que sirve de puente entre mundo adulto y ese otro mundo desconocido de los niños rebeldes. No por azar es el primer documento que descifra la lengua privada de los niños y aporta buena parte de los detalles sustanciosos del misterio.

El provecho de esta revisión del mito de la inocencia de la infancia apunta sin menoscabo directamente hacia una amplia gama de dianas. Así, repasa los eternos dilemas provincianos, la costumbre de la mirada, el sesgo de las interpretaciones y el fragmentarismo de la realidad, el poder del lenguaje: “nombrar es otorgar un destino, escuchar es obedecer” o el “talión de la memoria”, como acuña con brillante felicidad el protagonista, el resentimiento social, la esencialidad y pureza de lo no socializado, como son en cierta medida el salvaje y el niño, a los que la cita de apertura de Gauguin da con acierto el valor de la ausencia de ridículo.

Y aún mucho más, como son las nutridas disquisiciones sobre el amor planteadas por el protagonista, hacia su mujer, su hijastra, incluso a los “niños salvajes”, buena muestra es el intento de comprensión realizado. Y de especial valor son los párrafos detenidos sobre los gestos nuevos, el lenguaje nuevo (las palabras de la tribu son del poeta y del niño como supo ver Giovanni Pascoli), y el análisis de esta nueva república luminosa formada por aquellos niños carentes de mucho pero

Tertulias literarias

constructores de una nueva posibilidad de sociedad. La suspensión de la credulidad, la potencia de la supuesta “realidad”, etc.

Es modélica la dosificación de materiales y la estructura general de la novela. En cuanto a la forma conviene detenerse ya de desde el inicio. Solo un ingenio valiente puede abrir una novela con un párrafo consabido sobre cómo narrar los recuerdos sin levantar una mirada de hastío por parte del lector. La aparente cotidianeidad lingüística esconde una labradísima prosa cincelada. *República luminosa* queda emparentada con Valle Inclán estilísticamente debido a esa estructura bimembre de ciertas frases donde enlaza términos solo en apariencia antagónicos unidos por una brillante sintaxis que confiere a la depurada prosa de Barba una turbadora y subyugante sensación, como probablemente debieron sentir los ciudadanos de aquella ciudad de provincias ante el encuentro con aquel lenguaje extraño hablado por la chiquillada. Por ejemplo un “pésimo presagio” actúa a la vez como “presencia benéfica”, o las inteligentes oposiciones que superan en mucho el simplismo binario como cuando se describe a los niños mugrientos poseedores de una dignidad.

La introspección literaria tiene a ratos singular agudeza: “El bienestar se pega a los pensamientos como una camiseta húmeda, y solo cuando queremos hacer un movimiento inesperado descubrimos lo atrapado que estamos en ella”. Y menudean los pasajes donde luce la extraordinaria capacidad de Andrés Barba para sintetizar matices de entre los variados sentimientos humanos.

De otro lado, queda la simbología animal, que sigue como elemento común en los textos de Barba, aquí detenida en estorninos, chinches, termitas, parásitos, esos asociacionismos animales diferentes a los del ser humano maduro. Especial tratamiento tiene la perra nunca domesticada del protagonista, eco a su vez de la jauría infantil. La selva engulle a los niños y el eco de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, se dispara aquí, aunque esos policías gustosos de buscar antecedentes encontrarán rápido otros intertextos cercanos, como *El Señor de las Moscas*, de William Golding. En definitiva, el lector sensible quedará clavado “en el interior de su mirada, en el centro de su miedo”.

Por méritos innegables Andrés Barba ya ha dejado de ser uno de los mejores novelistas de su generación para ser uno de los grandes escritores de España. Una novela mayor que ningún lector debiera desatender.

Fonte: <https://www.elimparcial.es/noticia/186894/los-lunes-de-el-imparcial/andres-barba-republica-luminosa.html>



[Arquivo documentación Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2019-2020